

ADVERTENCIA

Cogió una manzana del frutero, la frotó, la alzó a la luz para comprobar que brillaba por todos lados y se la acercó a la boca como si se dispusiera a morderla, pero no la mordió, sino que la apartó y comenzó a girarla en la mano mientras recorría lentamente con la vista a quienes permanecían de pie ante él, bajó entonces la mano con la manzana, soltó un profundo suspiro, se reclinó un poco y, tras un largo silencio que no significaba nada en absoluto, dijo que se dirigieran a él como quisieran, aunque les recomendaba no dirigirse a él de ninguna forma, podría recomendarles esta o aquella fórmula, pero no tendría ningún sentido, él no se sentiría aludido, en realidad, nunca podrán ustedes dirigirse a mí, dijo con voz metálica, ya que no saben cómo hacerlo, no saben qué tratamiento darme, a mí me basta que sepan tratar sus instrumentos de alguna manera, porque de eso se tratará a partir de ahora, de que deberán tratar sus instrumentos de alguna manera, deberán hacer sonar algo, hacerlos sonar, dijo alzando la voz, o dicho de otro modo hacerlos manifestarse, explicó, para lo cual necesitaba saberlo todo, y no era ése el momento de apuntar, añadió, que por lo demás él tenía, lógicamente, pleno conocimiento de todo, lo cual implica que ustedes, dijo alzando la mano con la manzana y señalándolos con el dedo índice mientras apretaba la manzana con los otros cuatro dedos, que ustedes, señores músicos, deben informarme de todo y, además, en el acto, no pueden tener secretos para mí, lo esencial es que quiero estar informado de todo y de inmediato, con independencia de que, repito, yo lo sepa todo de entrada y con todos los detalles posibles, no deben ustedes callar nada ante mí, deben avisarme de cualquier minucia, lo cual quiere decir que a partir de ahora es-

tán obligados a ofrecerme información de manera ilimitada, esto es, les pido confianza, y empezó entonces a explicar lo que entendía por ello, que algo entre ellos, en este caso la confianza, había de ser lo más absoluta posible, de lo contrario nunca llegarían juntos a buen puerto, quería grabárselo en la mente de entrada, quiero saber, dijo, cómo y por qué sacan ustedes así el instrumento del estuche, y, para facilitar las cosas, deben ustedes entender la palabra *instrumento* en un sentido general, no entraría en cuestiones tales como quién tocaba el violín, quién el piano, a quién pertenecía el bandoneón, el violoncelo o la guitarra, a todos los denominaría instrumentos, ya que lo esencial es, dijo, que quiero saber qué tipo de cuerda usan los violines, cómo y por qué la han afinado precisamente de tal modo, cuántas cuerdas de repuesto guardan en los estuches antes de un concierto, quiero saber, dijo intensificando el tono metálico de su voz, cuánto tiempo han ensayado antes del concierto el pianista y el bandoneonista, cuántos minutos, horas, días, semanas y años, qué han comido hoy y qué querrán comer mañana, si les gusta la primavera o el invierno, el sol o la sombra, o sea... todo, ¿me entienden ustedes?, una imagen precisa de la silla en que ensayan, así como del atril, y en qué ángulo lo colocan, quiero conocer también la colofonia, concretamente en el caso de los violinistas, dónde la compran y por qué allí, las ideas más nimias que se les ocurran mientras cae el polvo de la colofonia, cuándo se cortan las uñas y por qué precisamente de ese modo, pero además, continuó reclinándose en el asiento, deseaba encarecerles que, cuando decía que quería saber, y rogó que no lo miraran con esa cara de susto, estaba diciendo que se refería también a los detalles más insignificantes, al tiempo que debían saber que él, a quien bien podrían definir como una suerte de agente artístico si alguien preguntaba, vigilaría cada uno de sus pasos, observaría sus más mínimos movimientos, aunque de entrada supiera perfectamente cuáles serían esos mínimos movimientos, de los

cuales, por cierto, estaban obligados a rendir cuentas, de manera que estaría entre dos fuegos, el deber de confiar y de informar de manera incondicional e insondable, por un lado, y, por otro, la paradoja siempre perturbadora para ellos y, es más, irresoluble—les rogaba encarecidamente que lo entendieran—de que él conocía de antemano, mucho mejor y de manera exhaustiva, todo aquello de lo que informaban como correspondía a su deber, o sea que entre dos fuegos se desarrollaría a partir de ese momento la colaboración contractual, sobre la cual, había de añadir, añadió, debían saber por otra parte que significaba, lógica y necesariamente, una dependencia exclusiva, unilateral y unidireccional, ustedes, prosiguió girando poco a poco en la mano la manzana que brillaba a la radiante luz, no podrán comunicar a nadie lo que me digan, métanse en la cabeza para siempre que lo que tengan que decir me lo dirán sólo a mí y a nadie más, aunque paralelamente no podrán contar de ningún modo con que yo, dijo señalándose a sí mismo con la mano en que tenía la manzana, después de esta conversación para ustedes tan decisiva, con que yo, insisto, vaya a contar o explicar o iluminar o repetir algo, sí, lo mejor será que escuchen mis palabras como si, esto ahora lo digo en broma, escucharan al mismísimo Dios nuestro Señor, quien confía sencillamente en que ustedes sepan cómo actuar en un caso dado, no me importa cómo, háganlo como buenamente puedan, es lo que hay, pero, eso sí, no pueden cometer errores, la voz metálica sonaba más agorera que hasta entonces, los errores simplemente no existen, porque no pueden existir, consideraba, dijo, que todos ellos eran capaces de aceptarlo, no afirmaba, por supuesto, que la colaboración a partir de ese momento en que comunicaba su contenido por una sola vez y de forma clara y detallada les resultara muy regocijante, porque no era así, no les resultaría para nada regocijante, es más, convenía que a partir de ese mismo instante lo vieran antes bien como un sufrimiento, les iría mucho mejor si desde el principio de

los principios lo interpretaran no como alegría, sino como sufrimiento, como un trabajo que les haría sudar la gota gorda, porque en verdad les aguardaba un sufrimiento, un trabajo amargo, extenuante, torturador, cuando muy pronto, como único logro de su conjunto, introducirían en la Creación, sin querer, eso sí, aquello para lo que habían sido convocados, de manera que prohibido fallar, así como tampoco habría ensayos, ni preparativos, ni «a ver, empecemos de nuevo», ni cosas por el estilo, esto no es la milonga de la que ustedes vienen, aquí hay que conocer de inmediato y de forma exhaustiva la tarea que desarrollar, y estas palabras, por muy equívocas que puedan resultar en cuanto a su esencia si aquello de lo que se trata se formula de manera superficial, no pueden ocultar el sudor y la falta de alegría que será el destino de ustedes, lo que hagan no les procurará ningún placer, pues qué son ustedes vistos uno por uno, señores músicos, les espetó, miembros de una banda de música ratonera, cada uno por separado un desastre en su respectivo instrumento, pero no tendrán responsabilidad alguna en la producción que les espera ahora, no podrán atribuirse luego a sí mismos lo que ustedes significarán como conjunto, o, dicho de otra manera, deben tomar conciencia de que simplemente no tienen nada que ver con esto, que esto saldrá adelante y punto, él ya sabía de entrada, insistió, que sería así, porque así había de ser, de modo que les convenía resignarse y aceptarlo y no andar queriendo saber cómo era posible que, si cada uno por separado era un desastre, conjuntamente fuesen algo muy distinto, él no está dispuesto a responder, dijo con fatigada arrogancia, no, no era algo que les atañera, habían de conformarse con que, de hecho, siendo cada uno un desastre por separado, ninguno contribuía a nada, ni siquiera debían pensar en ello, con lo cual estaba todo dicho, lo atormentaría que alguien intentara recibir de él una respuesta, le aterraba la idea de que en el caso de hubiera tales inquisiciones tuviera que pensar cómo frotaban la cuerda con el arco, cómo apo-

rreaban las teclas cuando de hecho no entendían nada del todo, porque el todo los superaba a cada uno de ellos, le aterraba pensar, lo decía con franqueza, en la lamentable posibilidad de que preguntaran cómo funcionaba el mencionado todo más allá de cada uno, pero dejémoslo, dijo meneando la cabeza, si bien era muy consciente del hecho no tanto triste como más bien irrisorio de que había de colaborar con ellos, pero al final saldrá, es más, desde el principio sonará como ha de sonar según lo previsto, pero una rebelión, dijo de pronto en voz muy baja, el mero plan de emprender algo contra mí o cualquier propuesta que manifieste el deseo de hacer algo de manera diferente de como yo lo quiera, eso no se les ocurra ni en sueños, quítenselo de la cabeza o al menos traten de quitárselo, porque acabarán mal si lo intentan, y esto es una advertencia, sin ninguna buena intención, porque aquí sólo pueden tocar algo muy determinado y, además, de una forma muy determinada, y seré yo, dijo señalándose de nuevo a sí mismo con la manzana, quien decida ambas partes de la colaboración, señores, tocarán ustedes a mi son, y créanme, lo digo por experiencia, no merece la pena oponerse a mí, simplemente no tiene ningún sentido, pueden imaginarlo, siempre y cuando yo lo sepa, pueden fantasear, siempre y cuando me lo confiesen, con que esto alguna vez cambiará, porque no cambiará, no habrá cambio alguno, será así y será de esta manera mientras yo sea, sí, quedemos en esto, el agente artístico de esta producción, hasta entonces ocurrirá aquí lo que yo mande, y hasta entonces quiere decir eternamente, puesto que los he contratado para una sola mísera producción que es para ustedes al mismo tiempo la única producción posible, queda por tanto excluida para ustedes cualquier otra producción de este nivel, no habrá un después, así como no hay un antes, y aparte de los honorarios bastante míseros, lo admito, no habrá más recompensa, por supuesto que no, de modo que tampoco habrá ni alegría ni consuelo, cuando termine, se habrá terminado y sanseacabó,

pero he de revelarles, les reveló, y la voz metálica dio la impresión de suavizarse un poquito, que tampoco los habrá para mí, no tendré ni alegría ni consuelo, y no me refiero sólo, dijo, a que en el fondo me importa un pepino si habrá alegría y consuelo o no, ni qué piensan, sienten y hacen ustedes respecto a nuestro acuerdo, ni cómo explicarán en un futuro el carácter lamentable de su participación, o sea, cómo se mentirán a ustedes mismos, no me refiero sólo a ello, sino a que yo tampoco siento ninguna alegría en todo esto y a que mis honorarios tampoco guardan ninguna relación con lo que aquí hemos denominado producción, la cual ha de llevarse a cabo, dijo, porque se llevará a cabo, y eso es todo, a ustedes no los quiero ni los odio, por mí hasta la pueden palmar, si alguno es dado de baja, otro ocupará su lugar, yo soy quien prevé lo que sucederá, yo oigo de antemano lo que sucederá, y sucederá, sin alegría ni consuelo, para que en un futuro no vuelva a producirse, yo tampoco me alegro de poder actuar con ustedes, señores músicos, no me hace ni mínimamente feliz que esto se haga realidad según la posibilidad predeterminada, porque—quería decírselo a ustedes para despedirme—no me gusta la música, o sea, aquello que vamos a producir juntos aquí y ahora no me gusta en absoluto, lo confieso, yo no soy aquí más que el supervisor, aquel que no genera nada, sino que solamente está presente ante cada nota, soy aquel, Dios lo sabe, que sólo espera el final de todo.

LÁSZLÓ KRASZNAHORKAI

EL BARÓN WENCKHEIM
VUELVE A CASA

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO
DE ADAN KOVACSICS

BARCELONA 2024



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Báró Wenckheim hazatér*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2016 by László Krasznahorkai
© de la traducción, 2024 by Adan Kovacsics Meszaros
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-19958-20-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 14 170-2024

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
LIBERDÚPLEX *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

Eternamente; dure lo que dure.

La posible semejanza o coincidencia de los personajes, nombres y escenarios de la novela con la realidad se debe única y exclusivamente al maldito azar y no a la intención del autor.

TRRR...

VOY A ACABAR CONTIGO, MANDAMÁS

No quería acercarse a la ventana, se limitaba a mirarla desde una respetuosa distancia como si así se resguardara, como si esos pocos pasos lo protegieran, pero desde luego la miraba, es más, para ser exactos, no le quitaba la vista de encima, y de esa manera trataba de filtrar entre los llamados ruidos entrantes lo que ocurría allá fuera, aunque por desgracia no se producían ruidos entrantes, de modo que sólo pudo constatar que reinaba el más absoluto silencio, desde hacía bastante tiempo para colmo, y de hecho, después de lo ocurrido el día anterior, ni siquiera hacía falta acercarse a la ventana, volver allí, retirar la placa de poliestireno y mirar hacia fuera por el hueco que así se abría, pues tal como estaba tampoco resultaba difícil deducir, o sea, saber, a pesar de que la placa de poliestireno ocultaba cuanto ocurría en el exterior, saber perfectamente que la muchacha no se había largado aún, seguía allí frente a la choza, a unos veinte o treinta metros, de modo que, dijo para sus adentros, «yo allí no vuelvo ahora, yo no miro afuera», y así sucedió en efecto durante un rato, se mantuvo a una distancia prudente de la ventana, aguzando el oído, protegido por la placa de poliestireno, y desde esa protección iba diciendo, ya no sólo para sus adentros, ya no sólo dentro de su cerebro, sino a media voz, que sería inútil retirar en esos momentos la placa, que de todas formas lo recibiría el mismo espectáculo, o sea, que no tenía ningún sentido, dijo sacudiendo la cabeza, tal vez consciente ya de que pese a todo no tardaría en retirarla, qué iba a hacer, claro, estaba confundido, ya desde la tarde anterior, a las 17:03 h, esto es, desde que empezó a anochecer, había confiado en que a esa hora todo hubiera terminado, pero no fue así, puesto que llegó la noche y llegó luego la mañana y cada vez que

desencajaba ligeramente la placa, en el momento mismo de hacerlo, ya no le cabía la menor duda de que tan pronto como mirara por el resquicio vería lo mismo, vería a la muchacha darse cuenta allá fuera de que la placa de poliestireno se movía en lo que él llamaba la «ventana», o sea, ella veía a su padre y dibujaba entonces una mueca de desprecio con la boca y enseguida levantaba el maldito cartel, y al cabo de unos instantes aparecía en sus labios cierta sonrisa que hacía que un escalofrío le recorriera a él la espalda, puesto que esa sonrisa le comunicaba que estaba destinado a la derrota, de manera que durante un rato se concentró desde su segura barrera en lo que había allá fuera, pero después ya no aguantó, y como no se filtraba ningún ruido, volvió a retirar del hueco, ligeramente, la placa de poliestireno, pero enseguida volvió a ponerla, ya que le bastó un solo instante para comprender la situación, por lo que, no por primera vez desde que había comenzado aquel teatro, le empezaron a temblar las manos por el nerviosismo hasta tal punto que pequeños fragmentos de poliestireno se desprendieron de la placa mientras trataba de encajarla de nuevo en la abertura, pero no podía controlar las manos, las veía temblar, lo cual le provocó un repentino acceso de cólera que lo puso aún más nervioso, ya que estaba seguro de que en ese estado de repentina cólera no podía tomar las decisiones adecuadas, y eso que debía tomarlas, y empezó a decir para sus adentros, de nuevo a media voz, «venga, tranquilízate, venga, a ver si por fin te tranquilizas», y hasta cierto punto lo consiguió, de manera que sólo quedó el nerviosismo, lo cual lo animó un tanto, pues comprobó que, si bien no se había desvanecido el nerviosismo, sí había desaparecido la repentina cólera, de manera que pudo volver a plantear la pregunta de por qué ocurría allá fuera lo que ocurría, ya que por supuesto había captado que algo estaba ocurriendo, nada nuevo desde luego, a pesar de que le costaba cada vez más dominarse, notaba que la cólera repentina estaba a punto de volver a adueñarse de él, de modo que

habría deseado gritarles que se largaran antes de que fuera demasiado tarde, que se largaran todos, la muchacha, el equipo de la televisión local y los periodistas locales que ella había logrado atraer hacia allí, que ahuecaran el ala mientras podían, pero no les gritó, de modo que ellos tampoco se marcharon, no se largaron, no se fue, en primer lugar, la muchacha, que en ningún momento abandonó su «posición», contrariamente a los periodistas, que de vez en cuando desaparecían, fuese para mear, para calentarse un poco y también, imaginó él, para dormir durante la noche y regresar, aunque fuese en un número más reducido, al amanecer, pero ella NO, la muchacha se quedó, daba la impresión de que todo su ser, clavado en un punto desde el que podía ver perfectamente si en la ventana de la choza se producía el más mínimo movimiento, comunicaba que ella no se apartaría de allí hasta no recibir de «ese cabrón» lo que, tal como había manifestado en su primera entrevista en el lugar, le debía desde el día de su nacimiento, lo cual, desde el punto de vista del Profesor, era un total absurdo, pues él no debía nada a nadie y menos aún a esa malcriada cuya concepción, nacimiento y posterior permanencia en el mundo atribuía no sólo a un truco barato del mal, sino también a su propia irresponsabilidad, a su descuido e imperdonable ingenuidad, a su infinito egoísmo y vanidad, esto es, a su estupidez innata, cuya consecuencia, puesto que para colmo jamás la había visto ni en fotografías ni con sus propios ojos y, además, ya casi ni la recordaba, de hecho, deseoso de expresar la esencia del asunto de manera más sincera, eso fue lo que hizo y la expresó de manera más sincera asegurando para sus adentros que en el fondo no recordaba en absoluto que tuviera una hija espuria, como suele decirse, la había olvidado o, para ser preciso, había aprendido a no pensar en ella en la medida de lo posible, el tiempo, cuando «desde ese lado» lo dejaban en paz por unos años, como había ocurrido también últimamente, se había encargado de borrarla de su cabeza como, en general, todo su pasado, y pues-

to que llevaban bastantes años sin molestarlo, tenía ya la sensación de haberse liberado, hasta la tarde de ayer, cuando de la nada, de forma inopinada, esa muchacha se presentó de pronto y con un megáfono en la mano le gritó eso de «soy tu hija, gusano de mierda» y «ahora la vas a pagar», y levantó luego un cartel y no le cabía la menor duda de que ese «pequeño monstruo» surgido inesperadamente de la nada ya lo había planeado todo con mucha antelación, pues había conseguido (¿o llevaba siempre consigo?) una trompa de ese tipo y había montado un cartel y había convencido a la prensa local de que la acompañara y había llegado con ellos, de modo que era evidente que sabía muy bien lo que hacía y precisamente por eso lo asustó de entrada, pues lo obligó a preguntarse si había vuelto a olvidar algo, algo que debía saber pero no sabía, ya que no le venía a la mente, sin ese detalle todo carecía de sentido, porque qué carajo quería ella después de tantos años, esto es, después de exactamente diecinueve años, trataba de acordarse, pero no lo conseguía, su práctica en ese ámbito había progresado mucho, de modo que ya era incapaz de recordar, sobre todo de recordar a largo plazo, lo cual en ese momento le pareció peligroso, ya que si no recordaba debidamente tampoco sería capaz de defenderse, se esforzaba por adivinar qué estaba ocurriendo, por qué era todo tan incomprensible, pues nada sucedía como era de esperar, esa «muchacha», por ejemplo, no llamó a la puerta de su choza para decirle a la cara lo que quería, sino que «se dirigió directamente a su objetivo», lo había planeado todo de antemano, la idea era montar de entrada un gran circo, esto es, manifestarse y atraer al populacho porque, claro, de qué servía una manifestación sin la presencia del populacho, pues nada, o sea, desde el punto de vista de la muchacha, estaba todo calculado, pensado y planeado, todo el programa, su trascurso y su coreografía, mientras que a él todo le resultaba confuso, el inicio, el día anterior a las 12:27 h, y también ahora, allí en medio de los acontecimientos, de

manera que por un lado estaban su confusión e incompreensión, así como la repentina rabia, y por otro la estrategia a todas luces perfectamente hilada por alguien a quien él no conocía en absoluto, una estrategia de la cual hasta el momento sólo daba a entender que existía, que la tenía, que había venido con ella, porque efectivamente daba la impresión de que todo lo ponía en práctica paso a paso, a pequeños escalones levantados de forma jerarquizada, y ahí estaba ese comienzo que había preparado de antemano para las 12:27 h del día anterior de tal manera que enseguida la rodearan los periodistas y los hombres de los dos equipos de televisión cuando se presentó ante él en el llamado Zarzal, que era como los habitantes del lugar llamaban con sorna al territorio situado al norte de la ciudad, una zona casi inaccesible y abandonada a su suerte, evidentemente quería que enseguida hubiera testigos para apuntar y registrar cómo se ponía ella a gritar con la trompa o el megáfono o lo que fuera aquello de «sal de allí, cabrón», mientras el tal «cabrón» no entendía lo que se quería de él, al principio no comprendía nada de nada, ni siquiera sabía quién era esa persona, quiénes eran esos hombres, qué gritaban y qué querían, sólo más tarde comenzó a intuir quién era ella y quiénes eran ellos y que esa muchacha deseaba con ahínco algo de lo que al principio solamente atinó a imaginar, claro, qué va a querer, lo de siempre, claro que sí, aunque antes no lo hiciera personalmente, o sea, dinero, porque de eso habló, además, en su segunda entrevista matutina, aunque de una forma muy opaca, mediante veladas alusiones, pero el problema era que todo parecía demasiado serio y sobredimensionado, demasiado inquietante parecía la determinación con que lo atacaba, porque de eso se trataba, de un ataque, no se podía expresar de otro modo, de manera que así lo expresó el Profesor, que se sentía víctima de una ofensiva por sorpresa, y ya empezó a sospechar que esta vez quizá, lo cual era aún más inquietante, el tema central no fuera el dinero, allí en la choza tuvo que

llegar a la conclusión de que todo ese jaleo no se debía a la intención de «exigir las decenas de miles que le debía por la manutención», tal como había ocurrido en los últimos diecinueve años, cantidades, por cierto, que él de ninguna manera podría satisfacer, lo cual debía de ser conocido por la muchacha si se había interesado por su situación, y sin duda se había interesado, porque de lo contrario no habría sabido cómo y dónde encontrarlo, o sea que noooo, sacudió varias veces la cabeza en las últimas horas, en cada ocasión en que una y otra vez volvía sobre el asunto, seguro que se trataba de otra cosa, la muchacha parecía decidida a todo y era evidente que estaba hecha de la misma madera que su madre, cuyo mero recuerdo, el de su figura, el de los rasgos de su odiada cara, aunque sólo fuese por unos instantes, a él, al Profesor, enseguida le provocaba dolor físico, de modo que llevaba ya años procurando no recordarla, pero en ese momento, cuando no le quedaba más remedio que hacerlo y constatar, aunque sólo viera a la muchacha por unos instantes, lo que le permitía la placa de poliestireno, que se «le parecía mucho», es más, que se le parecía tanto, abrió aterrado los ojos como platos, que era idéntica, y con esta palabra, *idéntica*, pasó al contenido del asunto, pues sí, esa muchacha era decididamente igual que su madre o todavía peor, sea como fuere, al anochecer del día anterior, concretamente a las 17:03 h, no se marchó, no abandonó el escenario con los periodistas cuando ellos se largaron en busca de otra sensacional noticia (que él en aquel momento desconocía, pues entonces creía aún que se habían ido a dormir), sí, lo más probable era que se hubiera quedado allí la noche entera, hasta ese punto llegó él, hasta esa hipótesis, pues en vano retiró más de una vez la placa de poliestireno después de que oscureciera para comprobar si ella seguía allí, la noche fue oscura como boca de lobo, no se veía nada, y él no se atrevió a salir, por miedo a ser atacado, por no decir que había construido la choza de tal manera que no se pudiera saber dónde

estaba la puerta, que, por consideraciones defensivas, ésta sólo pudiera abrirse desde dentro o desde fuera con sumo esfuerzo, en resumen, daba toda la impresión de que la noche anterior ambos habían dormido bastante mal, él dentro y ella fuera, pues él sólo logró conciliar el sueño por unos minutos, se despertaba cada dos por tres, y a buen seguro lo mismo le sucedió también a la muchacha, aunque él no logró averiguar cómo se las arregló, sea como fuere, desde que despertó el alba ya estaba al acecho, porque cuando él, desde dentro, retiró la placa de poliestireno y miró hacia fuera, la encontró exactamente en el mismo sitio en que la había visto la tarde anterior, no sabía cómo había aguantado, cómo había soportado el frío, cómo había hallado un sitio para dormir en ese lugar sin duda desagradable e inhóspito, era todo un misterio, una niña pija como ella y el Zarzal, esa combinación no le cabía en la cabeza, aunque al mismo tiempo había llegado incluso a admirarla, él mismo no lo habría hecho mejor, por lo cual la muchacha se volvió más temible aún a sus ojos, claro que tenía un guion perfectamente elaborado para poder «bombardearlo sin parar», claro que había traído esto y aquello para aguantar el frío, pues de lo contrario no habría podido ocurrir lo que ocurría, esto es, que de buena mañana se presentara tan lozana y guerrera y lo mirara a la cara, tal como había hecho desde el momento de llegar, exactamente igual, en la misma postura, y sin moverse, y por tanto nadie salvo ella, y ya era el segundo día, eran ya las 15:01 h, murmuró él yendo y viniendo, no, no y no, esto no puede seguir así, la sangre le afluyó a la cabeza, no hacía falta mirar el reloj—pero lo miró—para saber que ya iba retrasado, ya debería haber comenzado hacía un minuto la tarea obligatoria de vaciado de pensamientos, por lo cual no era de extrañar que se pusiera nervioso, cómo no iba a estarlo si pensaba, y lo pensaba lógicamente sin parar, que ya era el segundo día que se le había ido al garete y que, además, cuanto ocurría allá fuera no era un simple ataque, sino una amenaza acom-

pañada de un ataque, y nada lo ponía tan nervioso como un ataque, una operación de castigo anunciada de antemano, una intimidación para un nebuloso futuro próximo, aprestaba el oído tras la placa de poliestireno, pero fuera nadie decía nada a nadie, la muchacha estaba sin duda rodeada de periodistas, adoptando una pose heroica, ligeramente inclinada hacia adelante como la Niké de Samotracia, pero sin hablar, de modo que no había comunicación alguna entre ella y los periodistas, tampoco había habido mucha hasta entonces, sólo una breve entrevista la tarde anterior, y esa mañana, en que solamente se habían acercado en unos pocos coches para echar un vistazo a pesar de la otra sensacional noticia que se había producido, para ver cómo se había desarrollado la situación, otra más breve aún, la cual el Profesor escuchó con suma nitidez a través de los trapos y las tablas de su choza, pero eso fue todo, desde entonces nada, en vano interrogaban a la muchacha, ella hacía como si ni viera ni oyera a quienes la rodeaban, de modo que éstos se limitaron, por el momento, a entretener al público de la ciudad con informes sobre la situación, pues no sucedía nada, cada diez minutos llamaban por teléfono a la redacción para decir que la muchacha seguía frente a la choza del Profesor, y cuando el Profesor miraba hacia fuera, ella levantaba el cartel con el consabido texto, sólo de eso podían informar los periodistas desde la mañana, que no era mucho o más bien prácticamente nada, pues no había nada nuevo, pero una parte del público (la otra había sido arrastrada ya por el nuevo tema, según la jerga de los redactores) exigía más información sobre el creciente escándalo, de modo que los redactores en las dos televisiones y en las dos redacciones de periódico pedían a gritos el llamado «material de trasfondo», pero de dónde carajo lo iban a sacar, respondían furiosos ellos que estaban allá fuera, con un viento glacial en medio del Zarzal, donde la muchacha ya no decía ni mu más allá de lo que había comunicado esa misma mañana *urbi et orbe*, de modo que no ha-

bía trasfondo ni nada parecido, solamente el hecho de que guardaba riguroso silencio, sostenía el cartel y esbozaba de vez en cuando una mueca de desprecio con «esos maravillosos labios de radiante color rojo», siempre en el preciso momento en que la placa de poliestireno se movía en la ventana de la choza del Profesor, de modo que los periodistas, cuando la voz se tornaba más exigente en el teléfono móvil, únicamente podían informar del «abrigo de la señorita, sólo evaluable por los criterios de la moda elegante de urbes como Londres y París» y de la gruesa «bufanda escocesa a cuadros, de paño noble, a todas luces» y en última instancia del amplio arco que trazaba la bufanda sobre el «abrigo de piel, probablemente sintética, en torno al también probablemente hermoso cuello de la joven» y de nada más, pues sobre el cartel ya lo habían dicho todo el día anterior y la información quedó recogida en el telediario vespertino y en los periódicos matutinos, todo sobre el cartel que comunicaba de forma continua al afectado, al Profesor prisionero en su propia choza, que había cometido un «pecado original», pues así había explicado la muchacha en la primera entrevista el enigmático texto que figuraba en el cartel, es decir, los dos conceptos escritos en un papel pegado sobre una madera de abeto, DERECHO y AJUSTE DE CUENTAS, esa muchacha que, añadieron los periodistas en sus primeras crónicas, tenía el mismo aspecto que todas las que de vez en cuando, procedentes de la capital, venían a parar a ese pueblo situado en el quinto infierno con el objeto de protestar contra algo, generalmente contra el «inaceptable provincianismo, la incalificable corrupción y los especuladores que se aprovechaban de la pobreza», cosa que allí no se entendía del todo y, por tanto, no se tomaba en serio, pues al fin y al cabo esas excursiones siempre acababan de la misma manera, levantaban la voz, levantaban los carteles, hasta que tarde o temprano aparecían los miembros de la Fuerza Local, les daban una buena tunda, las subían al tren y las mandaban de vuelta al lugar

del que habían venido para quitarles las ganas de armar jaleo, que era lo que probablemente ocurriría también en este caso, eso al menos esperaban tanto los periodistas allá fuera como el Profesor allá dentro, y era desde luego muy factible, ya que poco se sabía sobre la mencionada Fuerza Local, pero sí se sabía que no le gustaban las actividades que perturbaran la calma y la paz, y allí, claro, insistió uno de los dos órganos de la prensa, el de la oposición, que siempre formulaba las cosas de un modo más afilado, se trataba «más o menos de eso», puesto que hasta esa mañana en que estalló la nueva y sensacional noticia que, tal y como señalaron los redactores jefe, «se llevó todo consigo», el principal tema de conversación de la ciudad era la pregunta de qué estaba pasando, qué estaba ocurriendo en el llamado Zarzal entre el Profesor, un señor otrora reconocido que entretanto, sin embargo, había perdido por completo la razón, y su hija, «que, procedente de la capital, se había presentado como caída de las nubes», y no cabía ya la menor duda de que todo el mundo estaba informado al respecto, a través de los dos periódicos que competían entre sí y los dos canales de televisión que hacían otro tanto, si bien las crónicas nunca acababan de explicar del todo cuanto estaba sucediendo, pues nadie salvo la muchacha entendía por qué había elegido ella esa forma para exponer sus exigencias ni en qué consistían de hecho esas exigencias, y lo único que quedaba claro era que volvía a haber jaleo, que una vez más había jaleo en torno al Profesor, y que «vaya, éste tiene una hija» y que «vaya, la hija no recibe lo que le corresponde», mientras que no quedaba en absoluto claro lo esencial, «quién era esa guapísima y fascinante joven de cabello rubio, ojos azules y labios pintados con el intenso color rojo de la flor de la amapola» y qué ocultaba el pasado de esa celebridad local que hasta hacía poco había gozado del máximo reconocimiento público, pero que llevaba no siete, como decían las informaciones, sino nueve meses completamente trastornado, cuál era esa «mancha oscura» de cuya pe-

numbra había surgido de pronto, ¡vaya!, ese fragmento de vida mantenido en secreto.

Él llevaba tres abrigo, uno de lana marrón con cuello de terciopelo negro, por cierto la única pieza de sus viejas pertenencias a la que, además del reloj, todavía le tenía apego, y dos abrigo más cortos, así como debajo dos jerséis, una camisa y una camiseta que ya casi se le había pegado a la piel, así como dos pantalones, uno ceñido a las piernas y otro que lo protegía del viento, una *ushanka* sobre la cabeza y una bufanda tejida alrededor del cuello, casi todo procedente de la furgoneta que proveía a los sintecho de lo necesario y que hacía unos ocho meses, concretamente a finales de marzo, se presentó en el linde del Zarzal para que sus voluntarios preguntaran al entonces único habitante del lugar si necesitaba algo, lo cual era todo un gesto de valentía, pues los dos voluntarios no sabían cómo reaccionaría el Profesor, estaban por supuesto informados sobre su famoso traslado al lugar y de que al hombre se le había secado el cerebro, pero nadie había hablado antes con él o, para ser exactos, nadie salvo una persona había osado acercársele, ya que poco después de su escandaloso traslado comunicó a la «ciudad», a través de un campesino que vivía en una granja cercana, se había convertido en su único hombre de confianza y se ocupaba por tanto de suministrarle agua y víveres, que se advirtiera a quienes se interesaran por él que a cualquiera que se atreviera a acercarse a su choza levantada a toda prisa en el Zarzal le dispararía en el acto y sin aviso previo.

A su hija no, a su hija no le dispararía, decidió cuando bajo la presión de otro ataque de ira se dirigió a la parte trasera de la choza y comenzó a quitar a troche y moche las prendas de ropa amontonadas a modo de camuflaje sobre una fosa secreta, ni siquiera si ella era un mero fantasma, una sombra del pasado que ni tan sólo conseguía recordar, pero si los demás no se largaban, si no se largaba esa tropa de gacetilleros gandules, murmuró, pronto se produciría una es-

tampida, eso podían tenerlo por seguro, por el momento se dedicaría a observar y a esperar, aún les daría un poco de tiempo para retirarse, y acto seguido ocupó su lugar en el lado izquierdo de la ventana, dejando una mano al descubierto para, llegado el momento, poder actuar de inmediato, si bien los de fuera no intuían aún nada de todo ello, los periodistas describían la situación momentánea a sus jefes como de «tablas» y se preparaban para pasar el día, como la tarde anterior, hasta la noche en el lugar—aunque con menos efectivos—, porque de todos modos no ocurría nada, ésa era la opinión generalizada, seguro que no, decían sacudiendo la cabeza, de modo que quienes no se habían hartado todavía se dirigieron a sus coches en busca de alguna manta y quien ya tenía una se envolvió aún más en ella debido al frío cada vez más intenso a medida que caía la tarde, porque, tal como lo formuló uno de los periodistas, eso duraría hasta altas horas de la noche, pero lo más probable, comentó otro al que tenía a su lado mientras le ofrecía un cigarrillo, era que el asunto tenía las horas contadas, terminaría al cabo de poco y ellos podrían volver a sus casas, en resumen, se impuso el orden aburrido y acostumbrado del juego de la paciencia y de la espera al que mucho se habían habituado ya en su trabajo como reporteros, quien estaba sentado se levantaba para desentumecer las extremidades, quien había caminado ya un rato volvía a sentarse sobre un tocón o sobre un asiento improvisado con ramas y hojas secas, poco a poco se fueron vaciando los termos con té caliente, y empezaron a comentar una vez más, pues sí, no estaría mal que alguien los llenara, alguien bien podría ir y hacerlo, tú, por ejemplo, dijeron señalando al más joven, un aprendiz larguirucho y cubierto de acné, tú tienes las piernas largas, cuando de pronto se oyeron disparos procedentes de la choza, disparos estruendosos, tanto que los periodistas se desbandaron como gorriones espantados, en un primer momento les costó entender lo que estaba pasando, después de dispersarse

se detuvieron de golpe como si se les hubieran clavado los pies en la tierra, al darse cuenta de lo que ocurría, de que sus ojos no mentían, de que no alucinaban, sino que alguien les estaba disparando realmente desde la choza, se agacharon y se tiraron al suelo y comenzaron a gritar y a señalar y a gesticular, y en un dos por tres tenían en las manos los teléfonos, y al principio sólo gritaron palabras sin ton ni son a sus interlocutores, luego aparecieron también las frases, fragmentadas y agitadas, que sí, que estaban disparando desde la choza, sí, gritaron dos y tres veces al auricular, el Profesor, sí, no es un error, el Profesor, ¿me oís?, sigue disparando, sí, sin aviso previo, sin amenaza previa, sin preámbulos, sí, ¿no me entendéis?, es-tá dis-pa-ran-do, gritaban separando las sílabas al tiempo que se levantaban y huían atropelladamente entre las espinosas zarzas, sí, dispara, ellos sabían que no sonaba creíble, pero dispara y sigue disparando, explicaban a los sin duda aterrados redactores en el otro extremo de la línea telefónica, y comenzaban a quedarse roncacos en medio de tanto ruido, y los de la televisión, que saltaban de aquí para allá entre los matorrales espinosos, pusieron en marcha las cámaras mientras huían y comenzaron, vueltos hacia atrás como antaño los hunos, a filmar árboles y arbustos, más no podían hacer en su huida, de la choza no se veía ya nada desde allí donde estaban, sólo se oían los disparos que, eso sí, no cesaban, de manera que se alejaban cada vez más asombrados y espantados, y tampoco sabían decidir qué les resultaba más sorprendente, si el hecho mismo de que disparara o el arma que utilizaba para ello, ya que cada disparo sonaba con tal intensidad que casi se quedaban sordos, se producía un gran estruendo, luego un enorme eco, y enseguida venía el siguiente estruendo, y otra vez el eco, de tal manera que la tierra temblaba y temblaba también el aire, corred, corred, gritó uno de ellos cuando todos comprendieron ya que «el Profesor había perdido definitivamente la chaveta», largo de aquí, animó a los demás, pero no había que animar a nadie,